

David, el rey

Aquel era un filisteo descomunal. Un gigante que hoy podría ser solicitado para jugar en el Warawara Juniors o en cualquier equipo del básquet norteamericano. Se llamaba Goliath, de Gat.

Cuando las fuerzas de las doce tribus y las de los filisteos se hallaban frente a frente en el campo de batalla, este grandote estaba escarneciendo y humillando con sus bravatas a los «petisos» del equipo de Saúl. Nadie osaba responder a sus groseros desafíos. Peor aún, cuando sus plerotas daban un paso, los hebreros reculaban diez. La tembladera general y en su punto. Los dientes crepitando como castañetas... las choquezuelas también...

De pronto se abrió paso entre la medrosa soldadesca, el Rubicundo: «un joven de hermosos ojos y gallarda apariencia». (I Samuel 16:11). Era un zagal que guardaba en el campo un hato de ovejas de su padre. Tal oficio no admitía gente pusilánime por la constante amenaza y ataque de osos y leones que pugnaban por regalarse con tan sabrosas borregadas. El mancebo llamábase David, y ya se las había visto arrojadamente con semejantes fieras.

David se fue encaminando hacia el filisteo. Llevaba consigo las cinco piedras peladas y lisas que acababa de elegir en el arroyo puesto ahí para el evento que iba a desarrollarse en seguida. Cuatro de ellas en la cacerina y la quinta lista en la honda.

El gigantón -más arrogante aún y enardecido por el espanto de sus enemigos-, seguía denostándolos: «Yo soy el filisteo! [Vosotros sois los ruines siervos de Saúl! ¡Id, buscad en las alcobas, en las cocinas, en alguna espelunca, algo que se parezca a un hombre de verdad que tenga la valentía de pelear conmigo, y el ganador dará el triunfo a su pueblo».

Así de seguro sentíase el soberbio campeón. ¡Y quien no!... con esa talla de doscientos setenta y cinco centímetros y vigor suficiente para cargar con soltura una cota de maila metálica y ochenta kilos, más una lanza cuya hoja cobrizaba pesaba unos ocho kilos, y grebas y yelmo, aparte de un tremendo escudo para batallar, aunque llevado ordinariamente por su ordenanza.

En esto, reparó en la presencia de David cuyo rictus desdeñoso parecía exclamar: «¿Gigantón a mí?». El vestigio, henchido de sorpresa y cólera ante tan insospechado atrevimiento, lanza pavoroso rugido. Empuña su espada para castigar mortalmente a la insolente partícula humana; mientras el mozo ya está revoando su honda cargada con esa piedra bien pulida por millones de años-agua que reducen al mínimo la resistencia aérea. Afinada la puntería... suspendido el aliento... enérgico el brazo... suelta en el instante preciso uno de los extremos de su arma, el proyectil sale zumbando: ¡la suerte de Goliath está echada! La piedra sigue su curso veloz. ¡El quite es imposible! ¡Y la piedra... la piedra... la piedra se hunde con chasquido espeluznante en la frente colosal! La mole anatómica sin gobierno se desploma espectacularmente.

El grandote, aunque descalabrado, no está muerto: un hilo de vida lo sujeta a este mundo.

David da un salto felino, coge la espada del enemigo caído y en veloz alarde quirúrgico deja acéfalo al grandullón.

No hay más combate. El terror cambia de equipo: se difunde en las filas enemigas. El castañeteo ahora corre a cargo de los dientes y choquezuelas filisteos.

Los israelíes reaccionan de su momentáneo asombro e inmediatamente inician los festejos de su victoria correteando a los perdedores, quienes huyen despavoridos tratando de hurtar el bulto a la degollina; vano intento, los más no lo consiguen porque, a ejemplo de David y las costumbres, los vencedores aplican el descabellamiento radical y definitivo. En tal faena van más allá de Gat, Ecrón y Saaraim. Finamente acuciados por la ambición deciden pagarse de los derechos de guerra; vuelven a dichas ciudades donde sañuda y meticulosamente ejercen el saqueo, agarran los despojos y cometen los demás privilegios del vencedor.

Entretanto David con la cabeza de Goliath a cuestas, va hacia Jerusalén para lucirla en su tienda, como los cazadores con sus trofeos de caza.

El héroe de la jornada es aclamado por todo el reino. Las mujeres son las más expresivas hacia al noble y bizarro guerrero. Esta efusión femenina fue la causa de la envidia, celos políticos y tirria pertinaz de Saúl en contra del festejado.

El carácter del Rey era tornadizo, inestable, proclive a estados anímicos de profunda melancolía de furor, contrastando con algún gesto de sensatez y justicia restringida. Su hijo Jonatán, en cambio -joven de sentimientos decantados-, fue gran amigo y leal compañero de David.

Transcurre el tiempo en medio de guerras interminables. Persecución y acoso de Saúl contra David. La intención aviesa de aquél al casar a su hija Mical con éste. Nuevos propósitos siniestros directos e indirectos para con el yerno: «Ciertamente clavaré a David contra la pared» (I Sa. 18:11).

Finalmente, muertos el soberano y su hijo en una de tantas batallas, David es exaltado. Ya lo vemos luciendo la corona real de Israel y de Judá.

Cierto día se hallaba -tomando el sol, naturalmente- en la terraza de su casa, cuando... ¡cielos!, en la casa de enfrente una visión esplendente... ¿Era real o la resolana del desierto fingía una fantasía? ¿Era una beldad bañándose ¿Y cómo se baña una beldad? Ella estaba audaz y absolutamente corita... ¡a ojos vista!

El, como rey, no había de perder su tiempo en consideraciones mesocráticas, y menos ahora que la imagen alucinante lo traía encalabrado. Envió, pues, una embajada portadora de una invitación a la preciosa para yacer juntos. Ella, ni tonta que estuviera para rechazarla, así es que no se hizo de rogar.

Hasta aquí los designios reales funcionaban sin tropiezos, era común que así fueran los envites regios. Sin embargo, ella, la Batseba... era una señora muy casada, cuyo inocente marido se las pelaba en dar cima a unas faenas contra los filisteos.

«¿Otra vez los filisteos? ¿No habíamos quedado en que ya fueron vencidos al ser descabezado Goliath?

- Es que, ayer como hoy, las guerras ganadas pero mal concluidas o simplemente inconclusas, con el tiempo generan nuevos conflictos que parecen no acabar nunca. Así ha sido siempre y la historia nos los demuestra.

Y bien, para los amantes, algo incómoda la peladilla en el calzado pero no les impedía seguir caminando con desenvoltura. Más, de pronto, reventó el trueno como nuncio de tormenta. El estruendo atollóndolo a David cuando Batseba le confía que está empezando a oír los primeros alaridos de la cigüeña. Esto es muy grave, si David se portara indolente daría paso a los acontecimientos: Batseba, a su tiempo sería condenada a muerte por lapidación, la más infamante y execrable ejecución, a causa de haber caído en el pecado y delito de fornicación. Pero la lealtad del amante no había de consentirlo. Había de encontrarse una salida que diera la seguridad de ser coonestada.

Por ello...

Urias, el esposo de Batseba recibió la orden superior de presentarse ante el Rey quien a su llegada le invita a comer, y a beber hasta la embriaguez. Luego le manda que vaya a su casa y duerma en ella. «Urias salió de la casa del rey; y el autor agrega lo que parece un giro picaresco: «... y el obsequio del rey salió tras él». Pero «... no bajó a su propia casa» ni esa noche ni la siguiente, pues se fue a pernocar junto a sus camaradas que habían llegado con él. A la llamada de atención sobre actitud tan extraña, la respuesta a su majestad explicó que no estaba hecho a gozar de un sueño en mullida cama mientras sus compañeros de armas pasaban sus noches sobre el duro, áspero y desnudo suelo de la campaña: razón inobjetable. No obstante, lo cierto era que este jefe había jurado un voto de castidad, vigente hasta el final de las hostilidades: promesa no rara en la vida castrense de entonces. De modo que no hubo el esperado regodeo conyugal planeado, y al no haberlo quedaba fracasado el proyecto... ¡y!, a quien achacarle la culpa de los aprestos del ave estafetaria.

Dicho fiasco generó una abominable solución final... Iba Urias llevando un mensaje de David para Joab, jefe de las tropas en acción. Llevaba la carta con el designio falta para sí mismo: de modo que, sin él saberlo, no sólo era la víctima inocente de una sentencia injusta, sino que le habían convertido, por obra de la pérfida ironía, en el estafeta de su propio fatal destino. La carta decía: «Pongan a Urias enfrente de los ataques más pesados de la batalla, y usted tiene que retirarse detrás de él, y él tiene que ser derribado y morir». (II Sa 11:14). ¡Tiene que morir!

Al poco tiempo David recibía un informe del frente. El

correo le dijo: «Tu siervo Urias el lúta murió también».

Al conocer la noticia Batseba se puso a llorar por la muerte de su esposo. Y siguió llorando, pero sólo durante el breve término del duelo. Después la viuda dejó de serlo, es decir, casó con su señor, dándose los amantes al regodeo nupcial y a la grande cuchipanda.

Luego del plazo establecido por Natura, la cigüeña que tanto había amenazado, al fin fue bienvenida.

Con tan estimulantes acciones el monarca siguió incrementando la natalidad en su país; su contribución fue nada menos que de diecisiete retoños. Claro que en estrecha colaboración con el número apropiado de diligentes hijas de Eva.

Absalón, uno de sus hijos, se alzó contra su autoridad en abierta rebelión causándole lo amargo de sus años postremos. Al contrario, Salomón otro de sus hijos -que le sucedió en el trono-, fue un gobernante genial de gran recordación en la historia de Oriente.

El rey David nació en 1042 a. C. Vivió setenta años. Su reinado duró cuarenta años.

Una vida pródiga en aventuras, desventuras, guerras interminables, notables victorias, sangrientas escenas, amores fecundos... Fidelísimo para su Dios quien al fin le perdonó sus muchos y graves pecados merced a su doliente y sincero arrepentimiento. Entre sus grandes méritos uno de los mayores ha sido indudablemente la consolidación definitiva (que había empezado en el gobierno de los jueces, el último de ellos Samuel, y con el de Saúl) de los reinos de Israel y Judá. Unión prevaleciente a través del tiempo y las vicisitudes, y que dio a su pueblo la calidad de Nación en el justo sentido: es decir, sobre el fundamento inquebrantable de «la voluntad de ser Nación».

Este Rey, a más de otras virtudes, tuvo un espíritu sensible al arte musical como excelente tañedor de arpa y creador de gratos sonos que en su tiempo fueron consuelo, remedio y deleite para el alma de Saúl cuando éste padecía de crueles depresiones anímicas. Ha sido también excelso poeta al cantar sus salmos en honor de Yahavé.

Ahora bien, el rey David ya era muy avanzado en días. Sentía un frío mortal. No había abrigo tal que lograra el bienestar de la tibieza. ¡Algo para ahuyentar el fantasma aligido que mordía y penetraba hasta los confines del alma! ¡Algo para inyectar calor! ¿Un elemento termógeno? ¡Sí! ¡Ah... yal.

Se convocó a una junta familiar y tras una consulta acuciosa se dio con el butilis por cuyo resultado se dieron a la búsqueda en todo lo ancho del territorio, de una muchacha hermosísima y que estuviera en su primera entereza «y mi señor el rey ciertamente se calentará» (Reyes 1:2).

Al fin el empeño impropio de los rastreadores fue generosamente recompensado con el hallazgo de Abisag, la sin para sunamita que envolvió a su majestad en la radiante energía térmica tan angustiosamente deseada... Pero... nada de juicios temerarios, porque el asunto llegó hasta ahí nomás: nunca al grado en que la pasión concluye en fusión.

¿Y las flaquezas de los grandes hombres? Bueno... habrá que verlas a través de un rabllo ocular comprensivo... (siempre que no sean flaquezas muy gordas). Y si cabe un guiño picaresco, recordar con G.K. Chesterton una bufonada del pueblo inglés expresada con estas irreverentes palabras dedicadas a su legendario rey Artús que vivió cosa de un milenio y medio después de David:

«El buen rey Arturo, señor de esta tierra, era un noble Rey... y se robó tres celemines de cebada».

**Alfonso Ocampo Young.
Escritor orureño**

